

# *Poder y cultura en el Renacimiento napolitano: La biblioteca del virrey Pedro de Toledo*

CARLOS JOSÉ HERNANDO SÁNCHEZ

Del conjunto de dominios que formaron la monarquía de los Austrias, el reino de Nápoles ha merecido una creciente atención en la historiografía de los últimos años. Al mismo tiempo, ha ido cobrando importancia el estudio de las mentalidades y de la ideología del poder como clave fundamental del desarrollo del Estado moderno. Ambos hechos confluyen para dotar de especial significación el tema que ahora abordamos, al afectar a uno de los momentos más relevantes de la política cultural del Virreinato.

El gobierno de Pedro Alvarez de Toledo (1532-1553) se presenta desde un principio —de acuerdo con las instrucciones de Carlos V— como un proyecto global de reorganización del reino, cuya grave situación hacía temer en su progresiva pérdida de rentabilidad militar y económica. De esta forma, las necesidades generales de la Monarquía acabarán generando una evolución política local de gran interés, según un modelo inicial de Estado moderno autoritario y centralizador. La importancia de este proceso, que ya puso de relieve B. Croce al hablar de Toledo como «il vicerè della nuova politica assolutistica»<sup>1</sup>, se ha visto reforzada por estudios más recientes de autores italianos como Galasso, Muto, De Rosa, Coniglio o Pane, que han aportado nuevos datos sobre la economía, la sociedad, la administración o el urbanismo de Nápoles en esta época<sup>2</sup>. En España, el

---

<sup>1</sup> *Storia del Regno di Napoli*, Bari, 1975, p. 99.

<sup>2</sup> Entre estos trabajos podemos destacar: GALASSO, G.: *Momenti e problemi di storia napoletana nell'eta di Carlo V*, Nápoles, 1962 y *Mezzogiorno medioevale e moderno*, Turin, 1975; CONIGLIO, G. V.: *Il regno di Napoli al tempo di Carlo V*, Nápoles, 1956; *I Vicerè spagnouli di Napoli*, Nápoles, 1967 e *Il vicereame di Pietro di Toledo*, Nápoles, 1984 —recopilación de documentos del Archivo de Simancas—; MUTO, G.: «Gestione politica e controllo sociale nella

papel de don Pedro en la defensa del virreinato, y ante la campaña de Túnez, fue destacado hace tiempo por Del Moral <sup>3</sup>. Pero, junto a estos aspectos, la política virreinal se manifiesta también en un intenso mecenazgo, cuya ambición y envergadura supuso una auténtica renovación de la cultura napolitana, tal y como reflejan todos los cronistas desde el siglo XVI <sup>4</sup>.

Don Pedro era hijo segundo de don Fadrique de Toledo, segundo duque de Alba y, por tanto, tío del tercero de este título, el «gran» don Fernando, hecho que marcará profundamente sus relaciones con la Corte y su inserción en los intereses italianos, dentro del marco de clientelas de la gran casa castellana <sup>5</sup>. En 1508 su boda con María Osorio Pimentel, segunda marquesa de Villafranca, supuso un triunfo para la familia <sup>6</sup>, dando lugar a una nueva rama que, asentada en Italia, continuarán sus hijos don Luis, que le sucederá como lugarteniente del reino, y don García, virrey de Sicilia bajo Felipe II. Por otro lado, el matrimonio de otra hija, Leonor, con Cosme I de Medicis, en 1539, reforzará su posición personal y supondrá, a la vez, un hito esencial para la vida política y cultural del Virreinato <sup>7</sup>. Esta red familiar se completaba con la presencia en Roma del cardenal Juan de Toledo, obispo de Burgos primero y, más tarde, de Santiago, protector de Domingo de Soto —quien le dedica varias de sus obras— y de los jesuitas e impulsor de la Inquisición en Roma en 1542, y en el propio Nápoles en 1547 <sup>8</sup>. Todo ello conforma un intrincado sistema de relaciones familiares y clientelísticas dentro de un «circuito» cultural y político entre

---

Napoli spagnola», en *Le città capitali* —dirigido por De Seta, C—, ed. Laterza: D'AGOSTINO, G.: *La capitale ambigua. Napoli dal 1458 al 1580*, Nápoles, 1979; DE ROSA: «Potere ed élite nella storia economica del vicereame», en *Annuario dell'Istituto Storico Italiano*, núm. XXIX-XXX, 1977-1978, p. 309-333; PANE, R.: «Architettura e urbanistica del Rinascimento», en *Storia di Napoli*, Nápoles, 1974, vol. IV, tomo I, pp. 317-446 y PANE, G.: «Pietro di Toledo, viceré urbanista», *Napoli Nobilissima*, vol. XIV, 1, 1979, pp. 81-95 y 161-182; PEDIO, T.: *Napoli e Spagna nella prima metà del Cinquecento*, Bari, 1971.

<sup>3</sup> *El virrey de Nápoles don Pedro de Toledo y la guerra contra el turco*, Madrid, 1966.

<sup>4</sup> Vid. Rosso, G.: *Storia delle cose di Napoli sotto l'imperio di Carlo V, cominciando dall'anno 1526, insino all'anno 1537, scritta per modo di giornali*, Nápoles, 1635; CASTALDO, A.: *Historie delle cose occorse in Napoli nel tempo che fu vicere don Pietro* —con un apéndice en castellano sobre la «Vida de don Pedro de Toledo»—. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 2986; MICCIO, S.: «Vita di don Pietro di Toledo», *Archivio Storico Italiano*, Florencia, 1842, pp. 1-104; PARRINO, D. A.: *Teatro eroico e político dei vicere del regno di Napoli*, tomo I, Nápoles, 1692.

<sup>5</sup> Vid. MALIBY, W.: *El gran duque de Alba*, Madrid, 1985, pp. 95-101.

<sup>6</sup> Vid. el Asiento matrimonial en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, sección de Osuna, legajo 418, núm. 3, así como SOSA, F., De: *Noticias genealógicas de los marqueses de Villafranca*, Nápoles, 1672.

<sup>7</sup> Sobre las relaciones de Nápoles con los Médicis vid. VV. AA.: *Napoli nel Cinquecento e la Toscana dei Medici*, Nápoles, 1980.

<sup>8</sup> Sobre las diversas actividades de mecenazgo del cardenal Juan de Toledo vid. DE MAIO, R.: *Michelangelo e la Controriforma*, Bari, 1981, pp. 287-307.

Nápoles, Roma y Florencia que favorecerá todo tipo de intercambios intelectuales y artísticos <sup>9</sup>.

Por lo que respecta al gobierno de don Pedro de Toledo, sus principales episodios están marcados por el enfrentamiento con la nobleza local, la represión de la delincuencia y el intento de establecer la Inquisición española en 1547, que dió lugar a una grave revuelta. Similares criterios autoritarios se extendieron a la esfera cultural, como demuestra la publicación de diversas medidas de censura y la supresión de las principales academias literarias y filosóficas que, estrechamente unidas a los círculos aristocráticos, habían proliferado en los años 40 <sup>10</sup>. Sin embargo, su gestión no se limitó sólo a estas medidas represivas que darían lugar a su imagen posterior de «virrey de hierro», sino que, al igual que otros gobernantes italianos de la época, como su yerno Cosme de Médicis, la reforma del Estado por él emprendida abarcó los más diversos aspectos, desde la administración de justicia hasta el trazado de una tupida red de fortificaciones a lo largo del país o la reforma urbanística de la capital. Para llevar a cabo estos objetivos, el Virrey impulsa las corrientes literarias y artísticas más avanzadas. Hace traer de Florencia al propio Vasari y de Roma al pintor español Pedro de Rubiales <sup>11</sup>; protege al escultor Giovanni da Nola, a quien encargará su sepulcro, y a arquitectos especializados en cuestiones urbanísticas o defensivas, como el napolitano Fernando Manlio, el valenciano Pedro Luis de Escrivá o Juan Bautista de Toledo, que ocupará el cargo de «ingeniero mayor» bajo don Pedro <sup>12</sup>. Estos hechos configuran ya la imagen de un gran señor del Renacimiento, en cuyo mecenazgo confluyen los mejores logros de la cultura española e italiana de su tiempo, tal y como reflejan el inventario de sus bienes y su biblioteca, que ahora nos proponemos analizar.

Las bibliotecas de los grandes señores del Renacimiento han sido estudiadas desde diversos puntos de vista. En el siglo XIX algunos eruditos insistieron ya en su importancia como muestra del interés personal de ciertos nobles por el humanismo <sup>13</sup>. Más recientemente, distintos trabajos han abordado el tema desde los presupuestos de la historia de las mentalidades y de la cultura, para esclarecer las formas de vida, las ideas y el comporta-

<sup>9</sup> Vid. RIVERA, J.: *Juan Bautista de Toledo y Felipe II —la implantación del clasicismo en España—*, Valladolid, 1984, p. 98.

<sup>10</sup> Vid. AMABILE: *Il Santo Ufficio della Inquisizione a Napoli*, Città di Castello, 1982 y CROCE, B.: «L'Accademia dei Sereni», *Archivio Storico oer le Proviencie Napoletane*, XLIV, 1919, pp. 371 y ss., entre otros estudios.

<sup>11</sup> Vid. BOLOGNA, F.: *Roviale Spagnuolo e la pittura napoletana del Cinquecento*, Nápoles, 1959 y PREVIALI, G.: *La pittura del Cinquecento a Napoli e nel viceregno*, Turín, 1978.

<sup>12</sup> Vid. RIVERA: *Op. cit.*, pp. 92-100 y de DOMINICI, B.: *Vite dei pittori, scultori ed architetti napoletani*, Nápoles, 1742-1743.

<sup>13</sup> Vid., por ejemplo, en época más reciente, FARINELLI, A.: «La biblioteca del Santillana e l'Umanesimo italo-spagnolo», en *Italia e Spagna*, vol. I, Turín, 1929.

miento de los sectores dirigentes de la sociedad y el Estado de la Edad Moderna.

Al tratar un tema de estas características cabe preguntarse, en primer término, en qué medida puede deducirse una mentalidad específica a partir de una relación más o menos extensa de obras, cuyo único nexo es, muchas veces, su pertenencia a un mismo poseedor. En este sentido, cobra especial importancia la distinción de elementos culturales diversos —religiosos, caballerescos, humanísticos, etc.— a partir de su contenido, que nos permitan relacionar al dueño de esas obras con corrientes esenciales de su tiempo e indagar su afinidad con los aspectos más tradicionales o avanzados de aquéllas. Asimismo, puede rastrearse la propia imagen que el noble —en este caso también gobernante— tenía de sus funciones sociales o políticas y del carácter de la Corte o del país donde éstas se desarrollaban, lo cual resulta especialmente válido para una época en la que proliferaron las obras que pretendían ofrecer un modelo de actuación. Naturalmente, habría que distinguir entre los gustos estrictamente individuales y las concepciones que pueden considerarse comunes a determinadas élites del poder o de la cultura <sup>14</sup>. Por último, es necesario plantear la posible relación de esas lecturas con iniciativas concretas de gobierno o mecenazgo.

Pero estos problemas, deducidos directamente de la relación o inventario de títulos, deben completarse, a su vez, con otros datos facilitados por las crónicas o la correspondencia, así como los testimonios literarios. En el caso que nos ocupa, resulta también de gran valor la comparación con otras bibliotecas contemporáneas de Italia y España.

La biblioteca de don Pedro de Toledo nos es conocida a través de dos versiones: una copia defectuosa del siglo XVII de un inventario de bienes que fue reseñada por F. Nicolini en un artículo hace varios años <sup>15</sup>, y el original del mismo Inventario que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, hasta ahora inédito <sup>16</sup>. Se trata de un testimonio inmejorable de la forma de vida, los gustos y la mentalidad de uno de los máximos representantes de la nobleza castellana del siglo XVI, así como de la sociedad sobre la que ejerció su gobierno, en nombre de la Corona, durante más de veinte años.

El documento abarca todos los objetos que se encontraban en las diversas dependencias palaciegas del virrey en el momento de su muerte en Florencia, ocurrida en el transcurso de la campaña contra Siena, a principios de 1553. Fue realizado por algunos de los hombres más cercanos a don Pedro en sus últimos años, como Lope de Mardones, y en él más de cuatro

---

<sup>14</sup> Vid. «Atti del colloquio internazionale su "Potere ed elites" nella Spagna e nell'Italia Spagnola nei secoli XVI-XVII», Roma, 1977, en *Anuario dell'Istituto Storico Italiano per l'eta moderna e contemporanea*, Roma, 1979.

<sup>15</sup> «La biblioteca de Don Pedro de Toledo», *Revista Geográfica Española*, 1956, pp. 86-96.

folios se dedican a enumerar y describir someramente la apariencia externa de los volúmenes que había ido reuniendo el Virrey para su uso personal.

Antes de analizar las implicaciones intelectuales, debe insistirse en la especial importancia que poseen las bibliotecas de este tipo en la época que nos ocupa, cuando su posesión acaba de empezar y hacerse más frecuente en los medios aristocráticos de toda Europa y cuando, como apuntó F. Farinelli:

«Il libro aveva un'anima allora, che ora on ha, e non sarà mai più per riavere.»<sup>17</sup>

Los libros son, en efecto, parte del «tesoro», de la colección que el señor reúne afanosamente. Por ello, su apariencia externa es, muchas veces, tan valiosa como su contenido. El Inventario de los bienes del marqués de Villafranca insiste especialmente en el formato y las cubiertas de los principales volúmenes. Materiales como el cuero, blanco o «leonado», el terciopelo de diversos colores —verde y, más frecuentemente, negro—, así como el pergamino, son los más frecuentes en las encuadernaciones del Virrey. Los elementos heráldicos son, asimismo, esenciales como motivos decorativos y como señal de posesión: así, un «Tratado de la caballería» aparece con unas tapas «de cuero azul con listas de oro», mientras que «las armas de su excelencia» están estampadas en volúmenes de toda índole, muchas veces con el nombre del Virrey. Algunas piezas presentan una gran profusión decorativa, como «otro libro escrito a mano en letras azules y de oro con las armas de su excelencia...»<sup>18</sup>.

El Inventario nos informa también de que los libros estaban reunidos en una cámara propia en el palacio real que don Pedro había hecho construir en Nápoles<sup>19</sup>. Todo ello denota un interés más que aparente por las obras que poseía y que debió verse favorecido por el ambiente erudito napolitano<sup>20</sup>. En ese ambiente y en el más tradicional castellano, donde se había formado el Virrey, hay que buscar la raíz de las preferencias intelectuales que reflejan sus libros, en correspondencia con los grandes temas de la cultura renacentista y en un complejo equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo, lo «clásico» y lo medieval.

<sup>16</sup> *Inventario de los bienes del marqués de Villafranca*. AHN, secc. Osuna, leg. 425, núm. 3, fols. 35-41.

<sup>17</sup> FARINELLI: *Op. cit.*, p. 112.

<sup>18</sup> *Inventario...*, fol. 40.

<sup>19</sup> *Id.*, fol. 35.

<sup>20</sup> En ese ambiente el culto a los libros era ya normal. En 1535, por ejemplo, con motivo de la visita del Emperador, el secretario Cobos había regalado al humanista P. Giovio un manuscrito azteca encuadernado en piel de tigre, regalo, a su vez, de Hernán Cortés —cit. por KENISTON, H.: *Francisco de los Cobos*. Madrid, 1980, p. 167—.

## 1. CULTURA CABALLERESCA Y TECNICA MILITAR

Pese al desorden con que fue realizado, el Inventario nos permite observar una selección de obras plenamente representativas del ambiente cortesano de la época. Del enunciado de los títulos se deduce una clara preeminencia de las obras de carácter militar, lo que ha hecho que, hasta ahora, se prestara escasa atención a otras áreas también ampliamente representadas en la biblioteca. Nicolini, por ejemplo, afirma que:

«Al igual que un personaje que Urrea en el “Diálogo de la verdadera honra militar”, introduce como modelo del gentilhomme español del Renacimiento, D. Pedro había estudiado poco, como hombre que era más inclinado a las armas que a las letras»<sup>21</sup>.

Sin embargo, esta idea, de la que se hace eco también Pane<sup>22</sup>, y que procede en última instancia del cronista Micio<sup>23</sup>, debe ser corregida en profundidad a la luz de la calidad y cantidad de obras que poseía el Virrey. Entre éstas abundan, ciertamente, los libros de caballerías, cosa normal en la época y cuya difusión en el mismo tiempo y lugar atestigua Juan de Valdés<sup>24</sup>. La presencia de este género en la biblioteca de Toledo parece desbordar, sin embargo, la simple moda de las obras de ficción, ya que está acompañada de tratados «serios» de materia caballeresca, como el ya mencionado y anónimo *Tratado de Cavallería*, además de la *Regla de la Orden de Santiago*, a la que pertenecía el Virrey y a la que se propuso exaltar fundando una iglesia y un hospital de ese nombre para los españoles de Nápoles<sup>25</sup>. Don Pedro poseía, además, las obras de la antigua materia carolingia, como *Historia del emperador Carlo Magno y de los doce pares de Francia*, de Nicolás Piamonte —publicada en Sevilla, en 1528—, así como el *Morgante* y el *Guerin Meschino* —Padua, 1473—, cuya gran difusión entre la nobleza italiana ya resaltó Farinelli<sup>26</sup>. En el Inventario aparece también una *Trebisonda historiata* y un *Reinaldos de Montalván*, obras que cita expresamente Valdés en su *Diálogo de la Lengua*, calificándolos como «libros mentirosísimos» y de «estilo desbaratado», aunque declara haberlos leído antes con pasión<sup>27</sup>.

<sup>21</sup> NICOLINI: *Art. cit.*, pp. 86-88.

<sup>22</sup> PANE, G.: *Art. cit.*, p. 85.

<sup>23</sup> MICIO: *Op. cit.*, p. 10.

<sup>24</sup> *Diálogo de la lengua*, Madrid, 1981, Ed. Castalia, pp. 168-169.

<sup>25</sup> Vid. BORRIELLI R.: *Memorie storiche della chiesa di San Giacomo dei nobili spagnuoli e sue dipendenze*. Nápoles, 1903, Giannini.

<sup>26</sup> *Crónica del noble Cavallero Guarino Meschino. En la qual trata de las hazañas y aventuras que le acontecieron por todas las partes del mundo, y en el Purgatorio de Sant Patricio y en el monte de Norça donde está la Sibila*. Sevilla, 1518; vid. FARINELLI: *op. cit.*, p. 149.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 168.

Otras obras del mismo género también presentes son *Cristalián de España* —Valladolid, 1540— y *Valeriano de Hungría* —Valencia, 1540—. Nicolini cita, además, dos obras que no aparecen en el inventario del AHN de Madrid: *Oliveros de Castilla* y *Arties de Algarve* —Burgos, 1491— y la primera parte del *Caballero de la Cruz* —Valencia, 1521—. Asimismo, junto a una *Domande di Santo Griallo*, que aparece en los dos catálogos, don Pedro poseía las obras más características del ciclo español de la Reconquista, como la *Crónica del noble caballero el conde Fernán González* —Burgos, 1516—, *La muerte de los siete infantes de Lara* o la *Crónica del rey Don Rodrigo*, obras que pueden considerarse como auténticos modelos de valores aristocráticos y caballerescos y donde se funden elementos históricos y legendarios.

El inventario nos habla también de un «Libro de Luis Alemani», así como del *Orlando Furioso*, este último, según Nicolini, en la traducción de Urrea —Amberes, 1549—. De esta forma, la moderna poesía italiana aparece unida a las antiguas crónicas y a los libros de caballerías españoles, que entonces gozaban de gran fama en Italia, hasta el punto de que, según Croce, «entre las familias nobles se adoptaron los nombres de Palmerín y Esplandión»<sup>28</sup>. Causa por ello especial extrañeza no encontrar el *Amadís* en ninguna de las dos relaciones, dada la difusión que alcanzó por ese tiempo en Nápoles, donde inspiró a Bernardo Tasso su poema heroico *Amadigi*, obra que, según Shearman, constituye «la quintesencia de la cultura cortesana manierista»<sup>29</sup>, y que se escribió en el círculo del principal adversario político «interno» de don Pedro: el príncipe de Salerno.

De cualquier forma, la influencia de los ideales caballerescos en la Corte virreinal parece fuera de toda duda, como continuación de una tradición local reforzada por la presencia aragonesa y castellana. El propio Virrey había tomado parte en empresas como la «cruzada» para liberar a los caballeros de Rodas del cerco turco, entre julio de 1522 y enero de 1523, al lado del prior de la Orden de San Juan y de los poetas Boscán y Garcilaso. Este último había sido, además, armado caballero por el propio don Pedro, que apadrinó su ingreso en la Orden de Santiago durante el sitio de Pamplona, en septiembre de 1523<sup>30</sup>. Esta trayectoria personal aparece, pues, plenamente inmersa en una corriente general, social y literaria, que se va a ver reforzada por los intereses políticos del imperio de Carlos V, para el cual, como ha dicho R. Puddu:

«La cultura caballeresca representó un eficaz *instrumentum regni* ideológico, capaz de actuar como cemento supranacional para la nobleza»<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> *España en la vida italiana durante el renacimiento*, Madrid, 1925, p. 146.

<sup>29</sup> SHEARMAN, E.: *El manierismo*, Madrid, 1984, p. 166.

<sup>30</sup> Vid. CDOIN, tomo 16.

<sup>31</sup> *El soldado gentilhombre*, Barcelona, 1984, p. 49.

Pero, junto a los antiguos valores caballerescos, el Virrey se muestra también muy interesado por una concepción «moderna», técnica y profesional de la guerra y, especialmente, de aquellos aspectos que, como las obras de fortificación, ocuparon gran parte de su actividad de gobierno. En su biblioteca aparece la obra de Vegetio. Dado que la defensa se convierte ahora en una suma de todos los conocimientos útiles para fortalecer el Estado, los propios gobernantes procuran aprender las nuevas técnicas de la guerra, recurriendo a obras de la antigüedad como los tratados *de Re Militari*. Uno de ellos, el de Vegetio, autor del siglo IV que gozó de cierta fama durante la Edad Media, aparece ahora en todas las bibliotecas de los grandes señores empeñados en dotar a sus Estados de nuevos sistemas defensivos<sup>32</sup>. Es el caso, en el siglo XV, de Segismundo Malatesta, que encarga a Valturio un nuevo tratado sobre el arte militar, y en el siglo XVI, de Pedro de Toledo. El libro de Vegetio, que también había influido en las obras militares encargadas a fines del siglo anterior por Federico de Montefeltro a Francesco de Giorgio Martini, fue traducido al castellano por fray Alonso de San Cristóbal y apareció publicado en italiano en Venecia en 1524. La obra se centraba preferentemente en las técnicas de fortificación, con varios capítulos dedicados a la elección del sitio, la perimetría que debían tener las nuevas instalaciones y otros muchos detalles sobre su mantenimiento<sup>33</sup>.

Se configura así un saber fundado en criterios empíricos, pero no exento de contenido simbólico —patente, por ejemplo, en la forma de las construcciones— que, junto a otras aportaciones humanísticas, pasó a formar parte de la técnica general del «buen gobierno». El hecho de que la obra de Vegetio aparezca en la biblioteca de Pedro de Toledo, y en dos versiones distintas, confirma la importancia concedida por el Virrey a las construcciones militares como tarea esencial del Estado<sup>34</sup>. Junto al *Re Militari* figura también un tratado anónimo con el título *Castello Ynespugnabile*. Sin embargo, es extraño que no aparezca la conocida obra que el comendador Pedro Luis Escrivá dedicó a don Pedro: la *Apología en escusación y favor de las fábricas que se hacen por designio del Comendador Escrivá en el reyno de Nápoles y principalmente en el castillo de San Telmo*<sup>35</sup>. La obra, que se decla-

<sup>32</sup> Sobre la influencia en el Renacimiento de esta obra de Flavi Vegeti Renani, cuyo título completo es *Epitoma rei militaris*, vid. GILLE, B.: *Les ingenieurs de la Renaissance*, París, 1964. HERMANN, p. 49 y MURATORE, G.: *La ciudad renacentista*, Madrid, 1980, pp. 76-79.

<sup>33</sup> Una visión general del argumento de la obra se encuentra en ZUCKER, P.: *Town and square*, Cambridge, 1959, MIT Press, pp. 100 y ss.

<sup>34</sup> Vid. PIERI: «La scienza militare italiana del Rinascimento», *Bull. of Int. Committee of Historical Sciences*, 1933, para las bases tácticas que suscitaron la construcción de las nuevas fortalezas.

<sup>35</sup> Las noticias sobre este arquitecto son muy escasas, habiendo existido hasta el siglo pasado una gran confusión sobre su identidad. Su tratado se creyó perdido hasta que, en 1878, E. Mariátegui lo descubrió en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid y lo publicó con un extenso prólogo.



ra compuesta «en diálogo entre el vulgo que la reprueba y el comendador que la defiende», posee una evidente intención polémica y propagandística en función de los intereses de la política autoritaria del virrey y en ella confluyen los elementos prácticos e ideológicos más significativos de la cultura hispano-napolitana impulsada por éste.

## 2. «HUMANAE ET DIVINAE LITTERAE»

El interés de don Pedro desborda, con mucho, las cuestiones militares o políticas. Los libros ya mencionados no constituyen más que una sección especializada de su biblioteca, en la que figuran también diversas obras clásicas. Entre éstas, y junto a un poeta como Ovidio, muy conocido ya en la Edad Media, destaca principalmente el género histórico —Salustio, Tito Livio, Flavio Josefo, César, Valerio Máximo...—, cuyos modelos heroicos de guerreros y estadistas permitían establecer con la antigüedad un «paragone» legitimador del presente, tal y como vemos, por ejemplo, en los versos del poeta «oficial» de la Corte, Luigi Tansillo, quien, refiriéndose a don Pedro, afirma:

«S'io desio saper come si regga  
Un regno ed un essercito, e impararme  
Ciò che ne'libri antichi se ne legga,  
Come s'orni una terra, come s'arme,  
Come possa un signor, s'egli è discreto,  
Farsi immortale, ancor che cessin l'arme,  
Mirerò l'opre del maggior Toletto...»<sup>36</sup>.

La historia parece haber sido, de hecho, una de las principales inquietudes de Villafranca, así como el campo donde mejor se reflejan su origen y formación castellana, ya que la mayoría de las obras tratan de la historia reciente o remota de Castilla. Así, encontramos en su biblioteca desde las *Crónicas de España* o la *Crónica del rey don Rodrigo*, hasta la *Crónica del rey don Juan el Segundo*, la *Crónica de don Alvaro de Luna* o los *Claros varones de Castilla*, de Hernán Pérez del Pulgar, auténtica galería de modelos aristocráticos del reinado de los Reyes Católicos, al que Villafranca estaba tan vinculado por formación y concepciones. Asimismo, el inventario menciona una *Crónica de Aragón*, compuesta por fray Gauberte de Bagdad y publicada en Zaragoza, en 1499; con ella se cierra la «sección» histórica española de sentido político. Las otras obras del género histórico citadas por el Inventario pertenecen ya a un campo más general de conocimientos

<sup>36</sup> TANSILLO, L.: *Capitoli giocosi e satirici* —ed. por S. Volpicella—, Nápoles, 1870, cap. IX, página 156. Sobre el interés del Virrey por la historia es significativo, por ejemplo, que según Marioni éste le pidiera a Valeriano Castiglione, miembro de la Academia de los Ociosos —que Villafranca suprimiría poco después—, que describiera las gestas de Fernando el Católico en Italia.

universales, común a la mayoría de las bibliotecas del siglo XVI. De esta forma, si el *Comentario de la guerra de Alemania*, de Luis de Avila y Zúñiga, tiene aún un significado ideológico muy claro, ligado a la exaltación de la imagen imperial y a los problemas militares del momento, la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo —Sevilla, 1531—, entra de lleno en el área de la curiosidad científica y geográfica a la que luego nos referiremos.

Esta preferencia por los aspectos más actuales de las «letras humanas» podemos encontrarla también en el campo filosófico, donde la actitud humanista del Virrey resulta evidente. Entre sus obras aparecen, por ejemplo, las de Alberti, junto a las *Institutione di tutta la vita dell'uomo*, de Alessandro Piccolomini. Figura, además, un tratado con el título *De recta conscientia*, así como *De Consolatione*, de Boecio y *De Adversa Fortuna*, de Petrarca <sup>37</sup>. Un saber, en suma, de carácter esencialmente moral y práctico, «útil» para un gobernante.

Pero, junto a las dos disciplinas señeras de los *studia humanitatis* —historia y filosofía moral—, las letras sagradas ocupan aún un sector importante en la biblioteca, si bien no es ya, como ocurría en el siglo XV, el mayoritario <sup>38</sup>. Entre los títulos religiosos que registra el inventario, quizá deba resaltarse la *Vita Christi*, de Lodulfo de Sajonia, *El Cartujo*, obra que el Virrey poseía por separado en sus diversas partes y que había sido traducida al castellano en Alcalá por fray Ambrosio de Montesinos en 1499, siendo publicada entre 1502 y 1503, dentro de la campaña de difusión de la literatura espiritual impulsada por el cardenal Cisneros. Bataillon afirma de ella que:

«Enseñaba a leer la historia de Dios entre los hombres, es decir, a meditar sobre ella, a hacer de ella el vehículo del alma hacia Dios...» <sup>39</sup>

Durante la primera mitad del siglo XVI esta obra alcanzó un gran éxito en España, atestiguado por sus múltiples ediciones. Juan de Valdés recomienda su lectura en su *Diálogo de Doctrina Cristiana*, al lado de las obras de Erasmo, de quien, en cambio, no encontramos rastro alguno en la biblioteca de Don Pedro.

Sí aparece el *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*, de fray Antonio

---

<sup>37</sup> Se trata, seguramente, de la obra de Petrarca *De remediis utriusque Fortunae*, escrita en 1366 y en la que, sobre un trasfondo senequista, se desarrolla la contraposición estoica de la virtud y la fortuna, uno de los tópicos más difundidos del humanismo —vid. KRISTELLER, P. O.: *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, México, 1970, FCE, pp. 18 y 20—. En cuanto a la obra de Boecio, es interesante señalar que Juan de Valdés se refiere en su *Diálogo de la lengua* a la traducción castellana publicada en Sevilla en 1518 por Jacobo Cromberger, de la cual elogia su estilo, «que tiene el metro en metro y la prosa en prosa» —ed. cit., p. 165—.

<sup>38</sup> Vid., por ejemplo, FARINELLI: *Op. cit.*

<sup>39</sup> *Erasmo y España*, Madrid, 1979, p. 44.

de Guevara —Zaragoza, 1543—, así como un texto hebreo de la Biblia. Destacan, además, las obras del Tostado, cuya visión del mundo es, como ha dicho O. di Camillo, «completamente medieval»<sup>40</sup>. De este autor, don Pedro tenía los siete volúmenes sobre Eusebio, aparte de los *Moralia in Job*, de Gregorio Magno, y un *Diálogo*, de materia religiosa y autor anónimo. En conjunto, la visión espiritual aparece, pues, vinculada aún a las fórmulas tradicionales, aunque con algunas concesiones a un mayor intimismo, sobre todo a través de la *Vita Christi*.

Mayor complejidad presenta el *Breve discorso della immortalità dell'anima, con una stupenda visione sovra di ciò a lui apparsa*, publicado en Nápoles, en 1542, en las prensas de uno de los editores más famosos del momento, Mattia Cáncer, y escrito por Francesco Brancaleone, un humanista vinculado a la academia *Dei Sereni* que poco después sería acusado de herejía por la Inquisición. Dado que el tratado aparece dedicado al propio don Pedro, podría especularse con nuevas posibilidades sobre la actitud del Virrey ante esas cuestiones, tan delicadas en su tiempo. En este sentido, G. Pane ha insinuado que la biblioteca de Villafranca pudo contar con más obras heterodoxas que fueron expurgadas antes de realizarse el Inventario, lo cual explicaría el desorden en que figuran los títulos<sup>41</sup>. Sin embargo, hay que tener en cuenta también que don Pedro fue objeto de otras dedicatorias muy diversas, como el *Brevis ac optime dilucidatus de praedestinatoione tractatus*, de G. Fonseca —impreso en Nápoles, en 1551, también en las prensas de Mattia Cáncer—, obra que había sido dedicada antes al propio San Ignacio, con quien, por otro lado, sabemos que tuvo amistad en Roma el cardenal Juan de Toledo, hermano menor del Virrey<sup>42</sup>.

### 3. TEORIA Y PRAXIS POLITICA

La teoría política era, lógicamente, una de las áreas mejor representadas en la biblioteca virreinal. Destaca, en primer lugar, el *Espejo del Príncipe Cristiano*, del que conocemos la edición de Lisboa, en 1544, por Francisco de Monzón, capellán y predicador de Juan III de Portugal —a quien va dirigida la obra—, y doctor en teología en Alcalá. Según Bataillon, este libro, en el que se condenan enérgicamente los libros de caballerías como «dulçes ponçoñas», «pertenece con pleno derecho a la literatura moral inspirada por el erasmismo»<sup>43</sup>. Pero, además, resulta especialmente significativa la parte dedicada a describir las fortalezas portuguesas de

<sup>40</sup> *El humanismo castellano del siglo XV*. F. Torres. Valencia, 1976, p. 115.

<sup>41</sup> PANE, G.: *Art. cit.*, p. 86.

<sup>42</sup> Vid. MANZI, P.: *La tipografía napoletana del '500*. Florencia, 1972.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 629.

Marruecos y la India, lo cual coincide con las inquietudes constructivas de Villafranca en Nápoles, así como el elogio final de Lisboa y de las fundaciones públicas reales, como el «Hospital del Rey», dentro de una corriente propagandística y asistencial que floreció igualmente en la Corte de don Pedro.

Junto a este tratado aparece también un *Regimiento de Príncipes*, así como un libro sin título dirigido al «Serenísimo Príncipe de España», el futuro Felipe II. Este ámbito se completa con diversas recopilaciones legislativas, como una obra «De las pragmáticas de España» o el «Fuero Real». Es este, sin duda, uno de los aspectos de mayor importancia, ya que tales obras pueden interpretarse como guías de la actuación del Virrey en este terreno. La traslación de formas legales españolas a los dominios italianos es bien conocida, así como las diversas reformas de la justicia que protagonizó Villafranca. El mismo declaraba en una carta al Emperador, poco después de llegar a Nápoles —24 de noviembre de 1532— su propósito de inspirarse en el ejemplo castellano:

«De esta manera —concluye— se acabaría de desarraigar alguna mala opinión, si la hay en este reino, la qual yo espero en Dios que con la salud y vida de Vuestra Majestat todo ha de ser tan obediente y tan leal como lo son los reinos de Castilla»<sup>44</sup>.

Es interesante también la presencia de un libro de materia tan actual en la época como la *Deliberación de la causa de los pobres* —asimismo dirigido «al Príncipe de España»—, un tema que, sin duda, interesaba al Virrey en cuanto reflejo de ese control del Estado que pretendía extender a todos los sectores de la sociedad. En este sentido, son conocidas sus fundaciones «benéficas», como el «Monte de Piedad» —en 1539—, para paliar los efectos negativos que sobre la actividad crediticia había tenido la expulsión de los judíos decretada por el propio Virrey. Bajo su gobierno se fundaron también diversos «ospedali», como Santa María de Loreto, Santa Caterina o, el más famoso, San Giacomo degli Spagnuoli.

Hay que destacar también la presencia de obras de tipo económico o administrativo, tales como «un libro sobre las duanas de Pulla» —una de las principales fuentes de ingresos del Estado por el cobro de tasas al paso del ganado hacia las llanuras de esa región—, unas *Decisiones sopra le gabelle* y un *Tratado de rragione y baluta de la moneta*, dos aspectos que se encontraban entre las preocupaciones más apremiantes del Virreinato. Hay también un *De Agricoltora*, de Constantino Cesare, que, sin duda, ayudaría al Virrey en las medidas de desecación de las zonas pantanosas próximas a Nápoles y, especialmente, en la reordenación —con importantes obras hidráulicas— de la *Terra di Lavoro*<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> AGS, Estado, Nápoles, leg. 1011, fols. 64-65.

<sup>45</sup> Vid. CIASCA, R.: *Storia delle bonifiche del regno di Napoli*. Bari, 1928, pp. 44 y ss.

El mismo sentido pragmático puede asignarse a las diversas obras de medicina citadas en el Inventario. Entre ellas destaca el tratado sobre *Los problemas que tratan de cuerpos naturales y morales*, de Francisco Villalobos —Zamora, 1543—, así como los *Diálogos de medicina*, del mismo autor. Aparece mencionado también un tratado *De Pestilencia*, otro titulado *Spe-riencia de medicina*, un *Liber Medicinarum* y otra bajo el nombre de *Agustini Nimphi medici* —uno de los intelectuales napolitanos más significativos de la época—, así como el «Libro de las cuatro enfermedades cortesanas» del médico Luis Lobera de Avila». Una inquietud semejante por las cuestiones sanitarias se reflejaría en la práctica a través de las diversas medidas de limpieza urbana emprendidas en la capital, de forma paralela a su reordenación arquitectónica.

#### 4. NATURALEZA Y ARTIFICIO

Don Pedro contaba, así mismo, con un tratado *De Geometría* y diversas obras sobre arte y arquitectura, de las cuales la más significativa es *El tercer libro*, de Sebastiano Serlio; además de un «libro escrito a mano de arquitectura» —seguramente el de Vitruvio— y un «Libro grande de dibujos.»

El tercer libro de Sebastián Serlio, «Nel quale sono descritti e disegnati la maggior parte degli edifici antichi di Roma...» —«*Delle Anrichità*»—, fue publicado en Venecia en 1540 y constituye uno de los ejemplos más importantes de la estética y la arquitectura del manierismo temprano. Según L. M. Prófumo:

«El planteamiento del Tratado respondía a las intenciones de Serlio, quien, siguiendo los pasos de Miguel Angel, tendía a difundir, delimitándolo, el "divino" principio del artista (...). Sus palabras convenían no sólo a los profesionales, sino también a los comitentes que consideraban a la arquitectura como elemento esencial de su cultura»<sup>46</sup>.

Es significativo que sea precisamente el libro dedicado a las antigüedades el que posea don Pedro, ya que coincide con una característica general de sus diversas iniciativas artísticas: el culto a la Antigüedad como referencia legitimadora del presente político, expresada tanto por las intervenciones en lugares de tradición mítica o clásica como por la afición a coleccionar antigüedades. No es extraño, por ello, que en la biblioteca del Virrey aparezcan también un libro sobre *Antigüedades de Roma*, otro de *Epitafios* de la misma ciudad, así como varias obras sobre Pozzuoli, la antigua ciudad de los «Campi Flegrei», cercana a Nápoles, que Toledo había remode-

<sup>46</sup> MÜLLER PROFUMO, L.: *El ornamento icónico y la arquitectura*. Madrid, 1985. Cátedra, p. 246.

lado totalmente después del terremoto que sufrió en 1538. Sobre este hecho, don Pedro tenía también la obra que compuso el humanista Simone Porzio y que en el inventario del AHN aparece con el título *Ragionamento del terremoto*, lo cual confirma el interés de don Pedro por los fenómenos naturales. Porzio es, por otra parte, una figura esencial en la cultura napolitana de mediados del siglo XVI. Discípulo de Pomponazzi, catedrático de Filosofía en Pisa, según Napoli Signorelli:

«Avea acquistata gran riputatione con varie opere mediche, fisiche, morali e di storia naturale che date avea alla luce, e la conservò colle altre che seguìtò a produrre oscurando una folla di contemporanei»<sup>47</sup>.

Porzio es, en cierta forma, el intérprete de los intereses de don Pedro en el campo filosófico. Luigi Tansillo, el poeta oficial, lo elogia como un gran sabio:

«Che in saper d'ogni cosa la cagione siete un uomo il miglior di questa etate»<sup>48</sup>.

y el propio Virrey insistió en que permaneciera en Nápoles cuando su yerno Cosme I de Médicis le pidió que dejara partir hacia la Universidad de Pisa «a persona tan grande»<sup>49</sup>. Es interesante resaltar, asimismo, su condición de pensador aristotélico, que comparte con otro intelectual protegido en Italia por la Casa de Alba, Ginés de Sepúlveda, cuyas relaciones con el duque de Alba y con el cardenal Juan de Toledo son bien conocidas<sup>50</sup>.

Cuando en 1538 Porzio escribe su *De conflagratione agri puteolani*, título completo de la mencionada obra que tenía don Pedro en su biblioteca, se la dedica a éste para demostrarle su agradecimiento y su confianza en los efectos reparadores del gobierno virreinal. De hecho, Pozzuoli está presente entre los libros de Toledo a través de otras obras, como los *Bagni di Pozzuoli*, una paráfrasis en versos latinos del poema «De balneis terrae laboris», de Pedro de Eboli y el tratado «Libellus de mirabilibus civitatis puteolorum et locorum vicinorum», de Francisco Elisio Aretino —Nápoles, 1475—, escritos indispensables para comprender las múltiples actuaciones emprendidas por el Virrey en esa zona, donde, en claro desafío a la Naturaleza, reconstruyó la ciudad y alzó un palacio en el que habitó largas temporadas<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> NAPOLI-SIGNORELLI: *Vicende della cultura nelle due Sicilie*, Nápoles, 1784, vol. IV, p. 170.

<sup>48</sup> Cit. por ELÍAS DE TEJADA, F.: *Nápoles Hispánico*, Madrid, 1958, vol. II, p. 164.

<sup>49</sup> Vid. FIORENTINO, F.: *Della vita e delle opere di Simone Porzio*, p. 94.

<sup>50</sup> Vid. LOSADA, A.: *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su Epistolario y nuevos documentos*, Madrid, 1949.

<sup>51</sup> Sobre Pozzuoli vid. PARRINO: *Op. cit.*, p. 163; GIUSTINIANI, L.: *I tre rarissimi opuscoli di Simone Porzio, di Girolamo Borgia e di Marcantonio delli Falconi scritti in occasione della celebre*

El Inventario recoge también un «Juditio del templo delle tre belleze di Florenza, Napoli et Venetia», lo cual pone de relieve que el Virrey se interesaba no sólo por la situación de las otras ciudades italianas más importantes, sino por las posibilidades de su capital para «competir» en una materia de prestigio tan esencial en el Renacimiento como la «belleza». Ignoramos el autor de esta obra, pero su mera presencia es un dato de gran valor a la hora de analizar las intervenciones urbanísticas de D. Pedro, que coinciden también con un momento de desarrollo en Nápoles de la literatura del *laus urbis* en autores como Bernardo Tasso o Benedetto di Falco <sup>52</sup>.

Este interés por el medio físico napolitano se completaba con el conocimiento de su historia a través de una de estas obras más publicadas en la ciudad durante el siglo XVI: el *Compendio de la istoria del regno di Napoli*, de Pandolfo Collenuccio de Pésaro, escrito en 1498 por encargo de Ercole de Este y publicado por primera vez en Venecia en 1539 <sup>53</sup>. Se trata de la primera historia completa del reino, desde la época romana hasta la muerte de Alfonso el Magnánimo. Como introducción, la obra incluye una «Descrizione» del país que iba a producir una larga polémica en la historiografía napolitana del siglo XVI, ya que afirmaba, refiriéndose a Nápoles:

«Sarebbe felicissimo per dono di natura se la propria felicità per naturale incostanza degli uomini non gli fosse nemica e se sulle condizioni generali non avessero influito tirannicidi, sedizioni, ribellioni, guerre, eversioni di città, rapine, incendi e tutte le altre calamità...» <sup>54</sup>.

Don Pedro, que conoció bajo su gobierno las «sedizioni» y «ribellioni» de los napolitanos, cumple una de las características esenciales de los responsables del poder en el Renacimiento: el conocimiento de la geografía y de la historia del país como primera condición para ejercer sobre él un control cada vez más directo. En este caso, la presencia de la obra de Collenuccio en la biblioteca virreinal puede revestir además un carácter polémico frente a los adversarios del historiador, ligados, a su vez, a los intereses locales opuestos a Villafranca.

El Virrey poseía además un *Compendio de las obras de Panormita*, el humanista que de forma más amplia había reflejado los ideales de la Corte de Alfonso V en el pasado siglo y que, por tanto, permitía completar

---

*eruzione avvenuta in Pozzuoli nell'anno 1538 colle memorie istoriche dei suddetti autori*, Napoli, 1817, y MASTELLONE, S.: «L'umanesimo napoletano a la zona flegraea», *Archivio Storico per le Province Napoletane*, vol. XXX, 1944-1946, pp. 5-36.

<sup>52</sup> DE FALCO, B.: *Descrizione del luoghi antichi di Napoli e del suo amessimo distretto*, Nápoles, 1536.

<sup>53</sup> Vid. PEDIO, T.: *Storia della storiografia del regno di Napoli*. Chiaravalle Centrale, 1973. Ed. Frama's. pp. 27-28.

<sup>54</sup> *Id.*, p. 75.

el conocimiento del país al tiempo que ofrecía diversos modelos culturales y políticos <sup>55</sup>.

Pero la curiosidad de don Pedro por el espacio físico y humano no se limitaba a Nápoles. Así, encontramos también un libro con el título *Omniium gentis morias*, junto a las obras de Lucio Marineo Sículo y la *Silva de Varia Experiencia*, de Pedro Mexía —Sevilla, 1542—, obra que, según Bataillon, presenta una composición de raíz erasmista y cuyo éxito entre los lectores de la nobleza ha puesto de relieve el mismo autor, el cual, refiriéndose a la multitud de temas tratados por Mexía, ha afirmado:

«La curiosidad chismosa del Renacimiento se orientaba hacia un conocimiento enciclopédico de la humanidad en el espacio y el tiempo» <sup>56</sup>.

Apreciación que coincide con ese *dilettantismo enciclopédico*, observado por Domínguez Ortiz en las bibliotecas de la nobleza española de los siglos XVI y XVII <sup>57</sup> y que, en el caso de Pedro de Toledo, puede asimilarse a un intento de justificación ideológica de su gobierno, fundado en el dominio, simbólico y efectivo, «del espacio y del tiempo», de la naturaleza y de la historia y, más específicamente, debido a la tradición local, de la mitología. La propia «Silva» presenta un notable conjunto de conocimientos mágicos y naturales, que el mismo Bataillon ha descrito como:

«... una pueril filosofía natural, que se complace en disertar sobre seres fabulosos como los tritones y las nereidas o el pez Nicolao; mezclense, a las curiosidades naturales, las curiosidades de la historia y de la geografía (...), añadanse a todo eso las maravillas del mundo moral, virtudes y vicios, costumbres peregrinas, emblemas, y se tendrá una idea de la Sylva» <sup>58</sup>.

No se habría podido describir mejor y más sucintamente lo que es el conjunto de la propia biblioteca de Villafranca, e incluso, el contenido concreto e iconológico de las principales empresas artísticas y literarias por él patrocinadas. Nápoles, sede de las especulaciones naturales y mágicas de Bernardino Telesio o de Gian Battista Della Porta, no hará, por tanto, más que enriquecer una disposición hacia esos temas que el Virrey podía asimilar en fuentes españolas como el libro de Mexía, quien, por

---

<sup>55</sup> Sobre Antonio Beccadelli, el «Panormita», vid.: *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo*. Granada, 1956, pp. 92-106, de A. Soria, el cual afirma que el famoso autor «ocupó un papel dirigente, sobre todo, en la biblioteca real», actuando como jefe de la Corte humanista: «es él quien recomienda a Alfonso las obras y los autores», p. 96.

<sup>56</sup> BATAILLON, M.: *Op. cit.*, p. 638.

<sup>57</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid, 1979, p. 165.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, p. 638.



otra parte, era conocido en su tiempo como «sabio, astrólogo y casi mago»<sup>59</sup>.

Pragmatismo, interés enciclopedista y gusto por lo exótico son otras tantas características de la cultura de los grandes señores de este momento que, desarrolladas al máximo en la segunda mitad del siglo, acabarán identificándose con el conjunto de la cultura manierista. En don Pedro encontramos un ejemplo temprano de esa mentalidad en la que conviven, lógicamente, elementos tradicionales y nuevas aportaciones y donde la continua tensión entre lo natural y lo artificial se concibe como un instrumento más del poder.

## 5. LA POESIA Y LA CORTE

El elemento básicamente español de la cultura del Virrey está representado en su biblioteca, además de por los libros de caballería, por las obras poéticas, cuya finalidad educativa era tan común en la época como la del género histórico. Don Pedro poseía, por ejemplo, un tomo con los versos de Juan de Mena, cuya cosmovisión medieval ha puesto de relieve O. Di Camillo, así como el sentido nacionalista de sus obras<sup>60</sup>. El *Cancionero general de muchos y diversos autores*, compilado por Fernando del Castillo e impreso en Valencia, en 1511, completaba la representación de la poesía tradicional castellana, junto a una edición de las obras del marqués de Santillana que cita Nicolini, pero que en el inventario de AHN no aparece.

Sin embargo, este gusto era compatible con el de las nuevas formas poéticas, representadas en la biblioteca virreinal por las «Obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega, repartidas en cuatro libros», editadas en Barcelona en 1543. Con ellas entramos en un capítulo esencial del mecenazgo de don Pedro, sobre el que hasta ahora sólo se han resaltado los principales y escasos datos, sobre todo desde que en el siglo pasado, Fernández de Navarrete publicará diversas cartas del Virrey en las que testimoniaba su estima por Garcilaso<sup>61</sup>. Se ha insistido mucho en la amistad del poeta con el duque de Alba, a quien dedica su segunda égloga, además de una elegía por la muerte de su hermano. Sin embargo, la relación con don Pedro fue tanto o más decisiva que aquélla, ya que permitió a Garcilaso adentrarse en la cultura napolitana. En 1532 fue Villafranca quien entregó un memorial del propio poeta al emperador, solicitando el levantamiento del destierro<sup>62</sup>. Ese mismo año, él y Alba consiguen que se auto-

---

<sup>59</sup> *Id.*, p. 637.

<sup>60</sup> DI CAMILLO, O.: *Op. cit.*, p. 119.

<sup>61</sup> *Vid.*, CIDON: tomo 16, especialmente pp. 34-35.

<sup>62</sup> *Id.*, p. 40.

rice a su protegido a acompañar al primero a su toma de posesión del cargo del virrey de Nápoles. Al llegar, don Pedro informa de los problemas más urgentes al emperador a través del poeta, quien desde entonces desempeñará diversas misiones de esta clase. En una ocasión, el Virrey elogia expresamente las virtudes personales de su «agente» de confianza:

«Garcilaso tiene habilidad para entender y poner en ejecución qualquiera cosa que sea servido V. Mt. porque servirá con toda fidelidad de buen criado de V. Mt...»<sup>63</sup>.

Esta colaboración política se tradujo en la contribución del poeta español a la exaltación cortesana de su señor, con quien le unía una amistad que sería resaltada por el humanista napolitano Girolamo Borgia al escribir un *Praeludium ad dominos Petrum Toletanum et Garcilassum viros inclitos et doctissimos*<sup>64</sup>. Villafranca llegó, en su deseo por proteger al joven escritor y soldado, a solicitar para él diversos favores a la Corte imperial, como la concesión de una de las castellanías del reino, la de Rixoles:

«Porque sin falta el sabrá servir tan bien como todos quantos acá están, y teniendo Garcilaso dicho castillo, pues V. Mt. ama tanto aquella cibdad, será mucha parte para que esté en toda fortificación y buena orden, porque no hará lo que otros castellanos han hecho»<sup>65</sup>.

La intención del Virrey era conseguir que el poeta se estableciera allí con su familia «y se arygue'acá»<sup>66</sup>, lo que, además de demostrar su estima por éste, atestigua el propio afincamiento de Villafranca en las tierras de su virreinato. La estancia de Garcilaso en Nápoles, especialmente a la vuelta de Túnez, fue, por otra lado, de una intensa actividad cultural, en la que la familia del Virrey participó de forma importante. Su propio hijo menor, don Luigi, ayudó al poeta a convencer a otro humanista napolitano, Scipione Capece, a publicar los *Comentari*, de Donato sobre la *Eneida*<sup>67</sup>.

En la dedicatoria de su primera égloga al Virrey, Garcilaso nos presenta a éste en su triple dimensión: bélica, política y cortesana, mediante una imagen heroica de reminiscencias clasicistas y mitológicas; don Pedro, que ganó «obrando / un nombre en todo el mundo», aparece:

«Agora (...) atento solo y dado  
al inclito gobierno del estado

<sup>63</sup> A. G. S., Estado, Nápoles, leg. 1017, fol. 76.

<sup>64</sup> Vid. MELE. E.: «Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega». *Bulletin Hispanique*, XXV, 1923, p. 140. La obra aparece mencionada sin fecha ni lugar de edición.

<sup>65</sup> CDOIN: tomo 16, p. 237.

<sup>66</sup> *Id.*

<sup>67</sup> Vid. MELE. E.: *Art. cit.*, p. 139.

albano, agora vuelto a la otra parte,  
resplandeciente, armado,  
representando en tierra al fiero Marte»<sup>68</sup>.

Puede hablarse, por tanto, de una perfecta adecuación del poeta a los intereses del régimen y del gobernante que lo protegieron y a quienes sirvió. Como ha dicho F. Meregalli:

«Por más auténtica que fuese la voz de Garcilaso, el triunfo de su escuela significó un alejarse de la poesía de todo compromiso de crítica social y religiosa...»<sup>69</sup>.

Son precisamente esos rasgos los que pueden identificarse con un aspecto esencial del gobierno de Pedro de Toledo en Nápoles, perceptible también en el otro gran poeta de su Corte, Luigi Tansillo, cuyas obras, además de las de Boscán y Garcilaso, poseía Villafranca en dos volúmenes distintos: los sonetos y un *Capriccio* o *Capítulo* dedicado, asimismo, al virrey.

La figura de Tansillo acompaña a don Pedro desde el comienzo de su gestión hasta su muerte en Florencia y, en cierta forma, podría equipararse su papel al desempeñado por su amigo B. Varchi en la Corte de Cosme I de Médicis. Sus obras transmiten, como dijo Croce, la vida de la sociedad hispano-italiana del Nápoles de su tiempo. Junto a Garcilaso es uno de los máximos representantes de la política cultural impulsada por Toledo en todos los órdenes<sup>70</sup>.

Tansillo representa en Italia a la generación de capitanes-poetas de la España de Carlos V. Su afinidad con su gran amigo Garcilaso se extiende también a la común dependencia de un mismo mecenas. Ambos eran «continuos» del Virrey. Este cargo, esencialmente honorífico, pero bien pagado, estaba desempeñado por 100 caballeros, 50 españoles y 50 napolitanos, encargados de acompañar al virrey tanto en tiempo de paz como de guerra<sup>71</sup>. Al igual que Garcilaso, el poeta italiano forma parte, por tanto, de la compleja red de agentes y funcionarios virreinales en los que se confunde el servicio personal y la función pública, y este hecho marca decisivamente su obra. En *La Clorida*, dedicada al virrey en 1547, la ninfa de este nombre invoca a don Pedro para que goce de la villa «fernandina» de su hijo don García, según la misma imagen clásica e ideal de Garcilaso:

<sup>68</sup> Egloga I. En *Obras Completas*. Madrid, 1970, p. 21.

<sup>69</sup> MEREGALLI: *Las relaciones literarias entre España e Italia en el Renacimiento*. Bogotá, 1967, p. 617.

<sup>70</sup> Vid., GONZÁLEZ MIGUEL G.: *Presencia napolitana en el Siglo de Oro español: Luigi Tansillo*. Salamanca, 1979; BORZELLI A.: *Luigi Tansillo. Due Noti*. Nápoles, 1937.

<sup>71</sup> Vid. DELLA GAITA: *I continui dei tempi viceregnali*. Nápoles, 1984.

«Signor, sotto il cui saggio alto governo  
Sovra ogni altro si gloria il mio Sebeto;  
Oh lungo onor del Tago, oh pregio eterno  
Del chiaro sangue d'Alba e di Toletto;

.....  
'E voi, Signor, sovr'alta sede assiso,  
Date or leggi di pace, ed or di guerra;  
Or l'un godete, or l'altro Paradiso  
Di tanti, onde per voi s'orna la terra;  
Or con la maestà del Real viso  
Date al buon gioia, e tema a colui, ch'erra;  
Cavalcando per l'inclita Cittade,  
Intento a far maggior sua gran beltade»<sup>72</sup>.

Se trata de los mismos tópicos del gobernante justo y del mecenas que en esa época expresan también Varchi o Vasari en el ámbito academicista del manierismo toscano, donde todo gira en torno de la proyección pública de las virtudes personales del príncipe. Tansillo, para quien la Corte es «de sue vere accademie e le sue scuole», supone un hito esencial en esa evolución cortesana del humanismo<sup>73</sup>, todo un mundo de ideales y de «buenas maneras» en el que también nos introduce abiertamente la propia biblioteca de don Pedro. Así, la variedad de obras que recoge el Inventario abarca desde un «Libro de Giambattista Paladino, cittadino romano, nel quale s'insegna a scrivere ogni sorta di lettera», así como unas «Decisiones gramatici» y un «Consiliatorum gramatica», hasta una colección de proverbios en dialecto napolitano titulada *Specilegium*, publicada en 1511 y las *Epístolas familiares*, de Guevara. Pero es con *El Cortesano*, de B. de Castiglione, como el conjunto de las obras citadas parecen encontrar una clave que las reúne en un mismo ámbito ideológico.

No sabemos si el ejemplar de don Pedro era el original italiano o la traducción de Juan Boscán, publicada en Salamanca en 1540. De cualquier forma, es indudable que constituyó un modelo para la Corte virreinal. El mismo Castiglione se refiere en la dedicatoria de su obra al obispo de Viseo a la difusión que había alcanzado ésta en Nápoles, aun antes de su publicación, en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Don Pedro:

<sup>72</sup> TANSILLO, L.: *Poemeti*, Florencia, 1954, Sansoni. «La Florida», octava 1 y IV.

<sup>73</sup> La imagen que ofrece Tansillo es aún alegre y colorista, como en los versos citados por Croce, en su *España en la vida italiana...*, p. 158:

«Servitude d'amor, vagheggiamento  
portar penna, vestirsi or verde or giallo,  
gioco di canne, giostra, torneamento,  
musiche, mascherate, scene, ballo,  
ogni festa...».

«Después —dice— supe que aquella parte del libro que había hecho trasladar, se hallaba en Nápoles en manos de muchos y parecía que los más dellos andaban ya por hacerla imprimir.»<sup>74</sup>

Al trazar el panorama general de la biblioteca de don Pedro de Toledo, hay que destacar la abundancia de ediciones posteriores a 1540, lo que indica que las mayores adquisiciones de libros debieron coincidir con el período de mayor actividad constructiva y reformadora. Una vez trazadas las líneas principales de la reforma del Estado, el Virrey se concentra en las obras palaciegas, con fines lúdicos o representativos, de Castelnuovo, Pozzuoli o el nuevo «Palacio Real» de Nápoles. Basándose en esta coincidencia, G. Pane ha apuntado la posibilidad de que el interés de Villafranca por los libros creciera tras una «pausa reflexiva» de su gobierno, idea que, sin embargo, parece poco sostenible, dado que en la segunda parte de su mandato la tensión política y militar no sólo no disminuye, sino que llega a producir crisis como la rebelión de 1547 o, en otro ámbito, la defección del príncipe de Salerno, en 1552. Durante este tiempo, don Pedro desarrolla las tendencias iniciadas en los primeros años e intensifica la utilización política de todos los medios culturales y artísticos, a la vez que desarrolla una viva pasión por los libros, a los que tiene por el más valioso regalo, como se desprende de los versos de Tansillo en los que éste recuerda:

«Non erano i miei don di gemme o d'oro  
Ma nel donarvi mi bastava solo  
Aver riguardo al vostro e al mio decoro.  
Or libro italiano, ora spagnuolo...»<sup>75</sup>.

Es el encuentro de las dos culturas, española e italiana, lo que define más acertadamente tanto la biblioteca como la Corte de don Pedro, como ya había ocurrido con la de Alfonso V en los primeros tiempos del humanismo. Sólo que ahora han desaparecido los libros en francés, catalán o provenzal y apenas hay tratados de escolástica<sup>76</sup>. Impera, en cambio, un pragmatismo consciente que, como apuntó Maravall, será uno de los principales rasgos del Renacimiento español, muchos de cuyos mejores logros, desde las obras de Juan de Valdés o la poesía de Garcilaso hasta la nueva técnica del bastión del comendador Escrivá o los primeros trabajos de Juan Bautista de Toledo, tuvieron por escenario la Corte refinada y cosmopolita del «Gran Virrey» de Nápoles.

<sup>74</sup> *El Cortesano*, Barcelona, 1972, p. 62.

<sup>75</sup> TANSILLO: *Capitoli*, ed. cit., cap. XVI, «Al vicerè di Napoli, Capriccio d'una nuova foggia di bicchieri da lui dato al vicerè di Napoli», pp. 253-261.

<sup>76</sup> Sobre la biblioteca de Alfonso V vid. MAZZATINTI, G.: *La biblioteca dei Re d'Aragona in Napoli*, Roca San Casciano, 1890 y DE MARINIS: *La biblioteca napoletana dei Re d'Aragona*, Milán, 1952.